

## ¿Quién se acuerda de los delfines?

El historiador helénico Herodoto registró la leyenda del poeta Arión, “a quién unos marineros deciden asesinar para robarle el oro, pero el se lanza al mar y es rescatado por un delfín que lo lleva a salvo a tierra”. Ateneo relató el caso de un joven llamado Dionisio, quien jugando junto a la playa entabló amistad con otro cetáceo que le permitía cabalgarlo, a la vista de muchas personas. El naturalista Plinio el Viejo escribió de dos casos parecidos, a los cuales dio un final trágico con la muerte del fiel animal. También se cuenta que en la colonia romana de Hipo, había un niño que cabalgaba un delfín. La noticia corrió y el pueblo se vio inundado de autoridades visitantes, al punto de que una noche mataron al animal para evitar seguir costeando la estadía de cuanto burócrata notable quisiera ver al niño montando.

Durante el siglo XIX, tales relatos fueron calificados de "mera superstición", con lo cual yo habría estado de acuerdo de no ser porque en 1956 se dio un caso similar en Nueva Zelanda, entre una adolescente llamada Jill Baker y una hembra llamada Opo. En las propias palabras de la muchacha, "Opo se hizo amiga mía porque yo la trataba con amabilidad y nunca la presionaba como hacían tantos otros. Sin importar cuántos entraran al agua a jugar con ella, tan pronto yo me ponía a nadar, Opo se venía conmigo... en varias ocasiones, por iniciativa de ella, me llevaba en cortas cabalgatas. Al inicio se asustaba porque la tocaba y se iba, pero con el tiempo se dio cuenta de que yo no la iba a maltratar y se acercaba para que le diera palmaditas y la acariciara. Incluso me permitía montarle niñitos en la espalda".

Si a alguien le queda duda, puede visitar alguno de los circos marinos actuales, donde delfines y otros mamíferos marinos demuestran diariamente que estas antiguas historias tienen un fundamento real.

Los antiguos filósofos admiraron a éste como el único animal que mostraba amistad natural con el ser humano, a diferencia -por ejemplo- de gatos, perros y caballos, que viven con nosotros porque los alimentamos. Los modernos naturalistas saben que el delfín no es un pez, sino un mamífero, como las ballenas, y siente tal horror de morir ahogado, que al sentirse enfermo usa sus últimas fuerzas en llegar hasta la playa, donde a menudo encontramos sus cadáveres.

Hace poco se anunció un embargo al atún costarricense, porque nuestros pescadores y comerciantes favorecen la muerte por asfixia de delfines y tortugas en redes para atún y camarón. Un político del actual gobierno dijo que eso no importa, pues no exportamos atún a Estados Unidos. Como es costumbre la versión oficial fue desmentida por los pescadores, quienes por supuesto hablaron de “tragedia” y “pérdidas millonarias para su pobre e incomprendido negocio” que ni siquiera recibe “suficiente combustible subsidiado”. Dejemos por ahora las preguntas sobre por qué debemos todos pagar subsidio a una industria privada que no ha puesto los mariscos al alcance del pueblo, pero que por métodos incorrectos de pesca ha diezmando peligrosamente muchas poblaciones (incluyendo peces y mariscos de interés comercial), ahora en peligro de extinción. Para obtener una respuesta más decente de quienes destruyen así organismos tan complejos, habría que entrevistarlos mientras aguantan la respiración debajo de un metro de agua, como hacen tortugas y delfines en sus últimos momentos de agonía.